



Luis Antonio de Villena

Nueva York / Babilonia, los años de la edad maldita

Stella maris





Primera edición: octubre de 2016

© Luis Antonio de Villena

© Editorial Stella Maris, 2016

Portal de l'Àngel, 42, 3º

08002 Barcelona

www.editorialstellamaris.com

© Herve Gloaguen / Gamma-Rapho por la fotografía de la cubierta

Director editorial: Eduard Gonzalo

Diseño de la colección: Marc Valls

Composición y realización: Pedro Criado

Impreso en los talleres de Consestruc

ISBN: 978-84-16541-72-0



Depósito Legal: B-18996-2016

Le agradecemos que haya comprado una edición autorizada de este libro. Al hacerlo, respalda a su autor y contribuye a que nuestra editorial siga publicando libros para todos los lectores. Le recordamos que debe respetar los derechos de autor y la legislación sobre la propiedad intelectual, y que no se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito (art. 270 y ss. del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento.

Impreso en España – *Printed in Spain*



Entrada



A menudo los tópicos lo son porque fueron reales o, cuando menos, porque contuvieron un muy alto grado de realidad. Sin ese alto contacto con lo real —con lo que ocurrió— jamás habría tópicos... Se ha dicho que París fue la capital del siglo XIX (que, como es bien sabido, concluyó con el estallido de la primera guerra mundial) y ello, cultural y aún vitalmente hablando, es del todo verdad: el París de la bohemia romántica, de la Comuna, de Verlaine y Rimbaud, el de los impresionistas y los grandes simbolistas en arte y letras, el París de los grandes bulevares. ¿Quién lo duda? Seguimos: Monet, Victor Hugo, Gustave Moreau, Proust, Debussy, Montesquiou. Podríamos añadir casi infinitos nombres más. No hay duda. Pero ¿cuál fue la capital cultural y anímica del siglo XX, en la estela de aquel París? Acaso preanunciándonos, la respuesta es menos clara. Hasta casi la segunda guerra mundial, París siguió siendo un lugar fundamental. Pero ya asomó algo Berlín (poco) y se empezó a ver la sombra alta de Nueva York, metrópolis de los rascacielos —algunos al borde hoy ya de los cien años— y de todo lo que sonara a una modernidad plena. Quizá no se podía elegir entre París y Nueva York. Recordemos que Dalí (que, entre otras cosas, fue un gran moderno) las alternó. Y

Breton, el papa del surrealismo (como Warhol sería el papa del pop), estuvo en América durante la guerra, y acaso se quedó también entre dos aguas, como antes Duchamp, que fue un pionero de Nueva York. Cuando en 1945, con la victoria contra los totalitarismos, surge el mundo nuevo de la guerra fría —una etapa que nos parece lejos o que torna a parecernos cerca—, se sabe que son los norteamericanos primera potencia mundial, el eje de la victoria y también del frío subsiguiente. De modo que la moda del *jazz* y de las *flappers*, la incipiente pero tenaz moda yanqui de los años veinte y treinta (entonces relativamente minoritaria), se abre y extiende, y lo norteamericano se vuelve en muchos sentidos una invasión. Desde los coches de diseño largo y llamativo hasta más Hollywood, otro Hollywood, ahora —como por ejemplo— el de James Dean, Monty Clift o Marilyn Monroe. Si en lo cotidiano mandaba la América iconizada en Nueva York (quizá desde un King Kong subido al Empire State), en el arte la marcha no por más lenta resulta menos triunfal. Todavía habrá poetas y escritores norteamericanos que viajen al París existencialista (Sartre, Beauvoir, Camus; pero también Boris Vian, que copiaba la novela negra policial que llegó de Estados Unidos), y aún el existencialismo dejó paso a un estructuralismo que, si bien mucho más técnico, frío y, por tanto, menos vital, gozó del prestigio que durante siglos había tenido la alta cultura francesa —hoy notablemente caída—; pero si en los cincuenta París y su tradición aún lucha (sin triunfar plenamente) con Nueva York y sus modernidades, en los sesenta todo se resuelve: la capital del siglo xx (de la segunda mitad del siglo xx) será incuestionablemente Nueva York, entre otras cosas porque el estructuralismo termina en la sequía intelectualoide de *Tel Quel* o en las aulas con la deconstrucción de Derrida, que no es popular

(ni siquiera en los campus, incluso de los yanquis) ni puede serlo. Claro, está el famoso Mayo del 68, todavía París, pero es el gran síntoma de una sociedad que empieza a agonizar, que todavía debía mucho a un marxismo mal envejecido pese a que se entendía vía Marcuse (*Eros y civilización*), que enseñaba en Estados Unidos. Aunque haya puntos de contacto, la derrota fulgurante del Mayo del 68 da la puntilla a París y abre la puerta del todo a las llamadas «contraculturas», nacidas en Nueva York y en San Francisco. Definitivamente —entonces, hoy vivimos una derrota— aquello será notablemente más moderno que París, aunque ésta siga siendo una ciudad deliciosa. En sus paredes y en aquel mayo convulso —como querían los surrealistas que fuera toda Belleza— se escribieron consignas estupendas, algunas destinadas a fenecer tras las hogueras y otras que podían estrechar la mano de las modernidades yanquis: «Debajo del pavimento está la playa». O: «No te fíes de nadie que tenga más de 30 años». La primera se acerca más a los *hippies* de San Francisco, incluso a los *beat* —que son como un puente—, pero la segunda tendrá que ver con la juventud ensalzada desde el Village de Nueva York y en sus modelos y prostitutas chic. Ésta será la ciudad de los *hipsters*, del triunfo urbano de todas las libertades y todos los «más allá», siempre recogiendo mucho (aunque sin confundirse) de lo que dejó la contracultura californiana, que pasaría por Deyá en España —un paraíso cerrado para pocos— y por un Tánger aún con sabores de alta tolerancia internacional. Nueva York ganó incluso al *Swinging London*, no en balde los Beatles (ya rotos) terminan en Nueva York. Y aún nos es dado añadir que hasta la Movida madrileña de los ochenta (que Warhol apadrinó, acaso sin darse plena cuenta, cuando pasó por aquí) tampoco dejó de mirar a Nueva York, hablan-

do español y tratando de ser tan fiel a sus raíces como algo neoyorkina. No en balde el actor Antonio Banderas (que en parte fue una señal de esa Movida) se marchó con la aún muy sensual Madonna —o fue por vía de ella— a Nueva York y a lo que quedara de Hollywood. Por ejemplo. Nueva York fue la capital, digamos, de la segunda mitad del siglo xx, que muere en el mismo Nueva York (ya muy tocado en su primogenitura) con los atentados y la destrucción de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. Pero esa Nueva York que ahora nos interesa (años sesenta, setenta, ochenta) era la ciudad de la libertad, del sexo, de la vanguardia —o como se quisiera llamar cualquier forma de lo moderno, transvanguardia, posmodernidad— y naturalmente de las transgresiones como vía de conocimiento libre hacia una deseada plenitud humana, sin tabúes. Antes de la caída de las Torres Gemelas —pero como si algo la anunciara— el Nueva York de las mil libertades y modernidades ya había sido asediado con serios cañones por la fuerte reacción conservadora que propició el papa Juan Pablo II y, más cerca de la ciudad, Thatcher y Reagan. A los tres (es bien notorio) les ayudó mucho el horror de esa triste pandemia que es el sida. Empezó matando gays o maricas y drogadictos en Nueva York —una de las pobres cunas de la enfermedad en Occidente— y ahora continúa matando mujeres preñadas y niños chicos en el África negra más desvalida. Los tres grandes reaccionarios se equivocaron, pero al hablar de esa Nueva York capital mundial de los excesos y del nuevo malditismo tendremos que acabar entonando un réquiem. Porque si empezamos hablando de un triunfo y de un ensanchamiento de las libertades individuales, concluiremos dando fe de una derrota y de un estrechamiento fuerte de esas libertades, aunque siempre (al menos de palabra) respetando

una democracia que sigue y muda. Pero es cierto que Nueva York fue el emblema de todos los avances del arte, la literatura y la libertad para nuestro mundo todo, recogiendo los ríos contraculturales que habían irradiado desde California, pero volviendo más urbano, más radicalmente urbanita, lo que un tiempo (como parte del ecologismo) se quiso más campestre y cercano a una idílica naturaleza, que acaso ya apenas exista. Esa Babilonia maldita y hermosa es ahora —en algunos de sus nombres testigo— nuestra prioridad, nuestro afán de análisis y, ¿por qué no decirlo?, nuestro grano de nostalgia apuntando tenuemente a un futuro que no sé si tendremos o merecemos siquiera. Babilonia / Nueva York: sabiduría, cultura, moda, delicia, sexualidad, música, cine, poemas y desenfreno. Un plan de mundo feliz (creo) prácticamente ya abolido o casi abolido. Pues está cerca aún, como para no hallar resistentes todavía. Dijimos que lo fuerte empezó al fin de los áridos años cuarenta...

En verdad todo el mundo sabe (acaso como contrapunto a los «felicis veinte») que los años cuarenta, durante y después de la guerra —aunque la guerra significó un sentido dentro del sinsentido—, fueron años grises y represivos que todavía alcanzaron a los muy primeros cincuenta... Supongo que tanta austeridad y tanta falta de alegría, en términos generales, terminó cansando. Y comenzó un cambio, una implosión lenta pero creciente y que pronto brotaría. Algunos de los personajes que vendrán no estuvieron nunca demasiado tiempo en Nueva York, fueron o quisieron ser nómadas en busca de un territorio libre que les parecía más lejano y acaso también más primitivo. Me refiero, por ejemplo, a Paul Bowles o a William Burroughs. Este último sólo vivió en Nueva York en sus tiempos casi finales, cuando retornó de no pocos años en

Londres, adonde llegó desde Tánger donde estaba Bowles. No eran personajes de Nueva York directamente pero mucho de lo que pasó en la ciudad (y en otras que la tomaron como modelo) proviene de sus libros y de sus actitudes hacia la vida, su modo de ser y estar en ella, tan lejos del triunfo convencional o de la mayoría industriosa o ejecutiva. Lo escribió Norman Mailer, nada sospechoso: «Bowles se inventó el *rollo*». El «rollo» no es sino todo lo que ocurrió, el *underground*, lo raro, lo anticonvencional, lo chic sucio, el brillo de lo transgresor, las búsquedas vedadas, la belleza ilícita, el lado oscuro de la vida y de los humanos. Los nombres diferentes de la libertad. Mailer, aunque tuviera otro temple, tampoco lo desconocía. Los mismos *beat* no eran tampoco Nueva York sólo o propiamente hablando, pero ¿cómo entender el todo sin ellos? Fueron en su mayoría grandes narradores o poetas, buenos cuando menos, con nítida fuerza, pero además (y para muchos jóvenes enseguida) empezaron a ser un modo alternativo de vivir. Otra manera de estar en el mundo. Otra disposición, otros valores. Crearon un modo nuevo de bohemia que, sin oponerse a lo que fue la bohemia, digamos, de fines del XIX, asumió un aire similar pero otro, ahora viajero, por libre, también pobre o sin importar el dinero de entrada, probablemente por el mismo hechizo de quererse en libertad... Acaso no sea inexacto decir que este mundo que exaltó las libertades y que reconoció otro malditismo, no tan ajeno, pudo comenzar con la historia del grupo de los *beat*, que no era multitud sino minoría.

Quizá contra el acusado puritanismo de una edad muy conservadora, contra las guerras calientes y las frías (que desgastan y entristecen), contra una sociedad dormida en el miedo, y nada es tan represor como ese miedo, surge en el Nueva York de finales de la década de los cuarenta un grupo

de amigos, jóvenes que aman la literatura y la música y que saben que ese amor es una forma capital de la libertad. Y la libertad, cuanta más, mejor. No son muchos; como tantas cosas singulares, comienzan siendo una minoría de la que ni padres ni autoridades se envanecen. Aún no tienen nombre, pero serán pronto los *beat*: un término que viene esencialmente de la música, del *jazz* y vale por compás, ritmo o redoble. Pero muy pronto será *beat* todo aquél (joven, en el momento) que se sienta identificado con un sentido de la vida cuyas premisas fundamentales, asumidas con enorme naturalidad como algo necesario y propio, podrían ser sustancialmente: 1/ rechazo de los valores recibidos por la sociedad burguesa de padres y tutores que ha salido de la guerra pero no de su atmósfera. 2/ Búsqueda de innovaciones en todos los órdenes, desde la manera de hablar y comportarse hasta el modo de vivir o de vestir, un estilo muy informal y que ha tenido, por cierto, una gran repercusión incluso en nuestros días. 3/ Aunque estaban prohibidas, abrieron la idea —y práctica— del uso de algunas drogas quizá por divertimento pero también como experiencia mental y psíquica. La droga generará (se supone) un nuevo estado de conciencia. Primero será la marihuana, pero se avanzará deprisa. También hay alcohol, obviamente, pero es menos característico. De eso ya sabían los mayores (Hemingway, Scott Fitzgerald etc...). 4/ Permisividad moral, que debe desprenderse de todo lo anterior pero que se querrá aplicar de un modo más inmediato a la sexualidad, tanto tiempo negada, encorsetada. El sexo es bueno y (en principio) no tiene fronteras. Heterosexualidad u homosexualidad dan lo mismo y comienza a abrirse paso la idea del joven bisexual o pansexual que o bien no hace ascos a nada o que, situándose en una orilla del río, pretende, con la mejor intención,

conocer la otra, la opuesta, así sea de un modo sólo ocasional. La homosexualidad no se oculta ni se recrimina y ello era extraordinariamente novedoso en ese tiempo, además porque ocurre entre jóvenes modernos y callejeros y no entre elegantes estetas de salón que se protegían (de algún modo) con el arte y el terciopelo carmesí. 5/ Se hace evidente un rechazo al materialismo de la vida enormemente capitalista que ya dominaba Estados Unidos. Era valiente —y heterodoxo— entonces dar poco valor al dinero y pensar el futuro no en términos de estabilidad sino de aventura. Lo importante era autorrealizarse en la vida y no formar una familia y cuidar del previsible porvenir de los hijos. La estabilidad material y la rutina del trabajo volvían tan prosaica y árida la vida que casi perdía su más hondo sentido. Algo muy elemental (y que sigue siendo raro): no vivir para el dinero, esa vulgaridad, sino utilizar el dinero —lo necesario, sin usuras— para vivir libre y plenamente. Como en el romanticismo más radical o en la mejor bohemia artística del *fin de siècle*, se trataba de alejarse de los muy repetidos valores de la burguesía. 6/ Los *beat* se alejarán de las religiones habituales de Occidente (incluido el judaísmo, en el caso de Ginsberg) pero, atentos a fenómenos religiosos diferentes, se acercarán a ciertas religiones y filosofías extremorientales como el taoísmo chino o el budismo zen de Japón, que son también modelos de meditación y de vida, sin ideas de pecado. Para muchos será una continuada experiencia ambiental, pero otros (como Gary Snyder, uno de los más jóvenes) viajarán a Japón y llegarán a imbuirse de aquel budismo. El poeta Snyder —que tiene ahora 84 años— vivió diez años en un monasterio zen de la escuela Rinzai, en Japón. La experiencia espiritual se alía con el ya comentado propósito antimaterialista.